

UNA NOVELA AMERICANA DE VALLE INCLAN

Recién hemos podido leer esta novela, de don Ramón del Valle Inclán, llegada hace tres meses. Pero aún es oportuno un breve comentario, ya que, aparte del interés que toda obra de este gran artífice despierta en el público de Hispano-América, la del comento exige atención especial de esta parte del Atlántico, por tratarse en ella un asunto netamente americano.

Es justo que, si escritores prestigiosos de esta América, han querido ahondar en el alma española, trazando cuadros de magistral expresión, como "El Embrujo de Sevilla", de Reyles, y "La Gloria de Don Ramiro", de Larreta, escritores hispanos no menos prestigiosos y representativos, quieran ahondar en la vida americana, o por lo menos en aquella parte de la vida americana que más íntimamente toca la sensibilidad estética de un español, por ofrecer los caracteres típicos de la tradición colonial.

Si los citados escritores americanos han tenido éxito halagüeño en sus novelas de asunto español, — y lo han tenido — es, sin duda, porque han puesto a contribución lo que en ellos perdura de la vieja raigambre tradicional del coloniaje, su hispanismo ancestral de hijos o nietos de los españoles colonizadores, formados en un ambiente donde aun persisten, bajo el aluvión cosmopolita, fuertes rasgos del carácter histórico. La España vista por los his-

panoamericanos, está ciertamente, mucho más cerca de la sensibilidad española, que la vista por los franceses—un Merimé o un Barres—quienes se han hecho una España literaria para uso francés.

Y, claro está que, si los escritores hispanos pueden obtener alguna realización novelesca de sustantividad americana, es por lo mucho que, de ellos mismos, encuentran en el fondo colonial de los países ultramarinos. Puede tenerse por seguro que, mucho más difícil, sino imposible, le sería a un artista tan netamente español como Valle Inclán, el penetrar en la vida de ambientes americanos ya transformados por el cosmopolitismo y por la industria, tales como el nuestro, el del Plata, y darla en una novela que, como "Tirano Banderas", está hecha de casi todo lo que el coloniaje hispano-indígena dejó en las regiones tropicales y del Pacífico. Por la alianza de este factor propicio con el agudo talento de Don Ramón se explica el magnífico acierto de "Tirano Banderas", cuadro de un dibujo tan expresivo, en sus rasgos grotescos, y de tan rico colorido como pocos hay en el haber de este gran pintor, el Goya de la literatura hispana.

Acaso nada más acertado, en efecto, para definir al más grande de los Ramones que tiene España—con perdón del de las Greguerías—que compararlo con Goya. Otros, dentro de las correspondencias íntimas de todas las

artes, se acercarán más al naturalismo de Velázquez, al misticismo del Greco, o a la dulzura de Murillo; Valle Inclán recuerda, en su manera, a Goya, tanto al de los retratos como al de los caprichos. La acentuación expresiva del carácter, en el dibujo de las figuras, llevada a menudo a lo grotesco, unida a una elegancia varonil en la composición lo singularizan, como tal, en las modernas letras hispanas.

Estas cualidades del gran artista han encontrado materia propicia en esta novela de ambiente americano. "Tirano Banderas es pintura magistral—cruel, por momentos, hasta el caricato—de la vida semi-bárbara de ciertas repúblicas tropicales de América. Desde el punto de vista de la civilización y de la cultura,—en todas sus facetas—muy mal parada queda, en la novela esa república, a través de cuyo pseudónimo: Santa Fe de Tierra Firme, el lector va evocando nombres reales de nuestra geografía política.

Desde la figura central del protagonista, el caudillejo don Santos Banderas, hasta los tipos populares que hacen de coro en esta tragicomedia, están delineados con tan neta expresión, con rasgo tan certero, que quedan en la imaginación como prototipos de toda una lamentable fauna político-social, gravamen-

terrible de gran parte de esta América, cuyo porvenir tienen hipotecado...

Y esas figuras del cuadro son así mismo inseparables del fondo, del ambiente físico en que se mueven, constituyendo un todo, pintoresco y triste. Ese fondo, el paisaje tropical, es otra maravilla pictórica. Nunca se había pintado el trópico con tal opulencia de colorido, hasta dar la sensación casi sensual de sus ardores y de sus molicias.

Pueden ya condolerse los numerosos escritores que pululan por aquellas tierras de Santa Fe..., de no haber podido dar hasta ahora, de su ambiente — así natural como humano—cuadro que posea el poder pictórico de este que el novelista español da en su última novela.

Seguramente, Don Ramón, artista puro, no ha perseguido otro fin, al concebir su novela, que hacer arte. Pero, involuntariamente, ha hecho obra de crítica y de ética. Su pintura es una cruel lección que, desgraciadamente, no será aprovechada. Pues, las pseudo-repúblicas donde imperan los Santos Banderas, con su grotesca cohorte de servilismos y corruptelas, en vez de civilizarse seguirán clamando en vano contra los extraños imperialismos...

H. P.

